

Capítulo 1

Donde aún no aparece el menor asomo de acción; solo la descripción detallada de cinco «Sacos», desde la perspectiva de los vecinos.

Margarethe Maria Sackmeier, conocida como Gretchen, tenía catorce años y los ojos del color gris de los guijarros del Danubio, cabello castaño *cocker* y una nariz diminuta y respingona. Medía un metro y sesenta centímetros, y pesaba sesenta y cuatro kilos y trescientos gramos. Es difícil de precisar si era gorda o no, pues ser gordo, como otras muchas cosas en la vida, es una cuestión bastante relativa. En el gimnasio, entre una Evelyn delgada como un palo y una Sabine flaca como una estaca con sus trajes de gimnasia de la talla 36, Gretchen se encontraba a sí misma gordísima, más

gorda que un cubo lleno de grasa de ganso. En casa, entre papá, mamá, Hänschen y Mädi, Gretchen se consideraba más bien una persona fina y esbelta, pues, comparados con la barriga de papá, las caderas de mamá, las tetillas mantecosas de Hänschen y los mofletes de hámster de Mädi, los kilos de más de Gretchen, bien repartidos por todo el cuerpo, ¡eran una verdadera insignificancia! Y la abuela «zwettlereña», a la que llamaban así porque vivía en Zwettl y que reunía armónicamente en su persona y figura la barriga de papá, las caderas de mamá, las tetillas mantecosas de Hänschen y los mofletes de hámster de Mädi, llegaba incluso a afirmar que Gretchen estaba realmente flaca, que tenía un aspecto fatal, como de hambre de posguerra, y que lo que había que hacer era alimentarla como era debido.

A nadie le entusiasma estar gordo y, en ese sentido, Gretchen tampoco era una excepción; por eso le encantaba ir a Zwettl, a casa de la abuela zwettlereña; le agradaba estar en casa, no le gustaba demasiado el colegio y odiaba con toda su alma el gimnasio. Durante años, y dos veces por semana,

cuando en el horario de clase aparecía la palabra «gimnasia», Gretchen hubiera deseado no tener que levantarse por la mañana. ¡Hubiera preferido aguantar una docena de exámenes de vocabulario de inglés antes que una sola hora en el gimnasio! Luego —de esto hacía un año— la profesora de gimnasia había tenido un niño y había pedido la excedencia. Entonces vinieron tiempos mejores para ella, pues la sustituta era una señora ingenua y bonachona, dispuesta a aceptar excusas, y, en este sentido, Gretchen también supo ser bastante astuta. Se había dado cuenta de que no era conveniente escaquearse de gimnasia, una vez, por resfriado, otra, por dolor de tripa, otra, por anginas y, una cuarta, por el periodo. Tal cúmulo de males en una muchacha tan robusta y sonrosada hubiera extrañado hasta a la profesora de gimnasia más ingenua y bonachona. Lo más razonable era explotar a fondo una sola dolencia, el periodo: dolores menstruales, trastornos menstruales, retrasos en la regla y hasta una ligera inflamación de ovarios eran los impedimentos que Gretchen se inventaba para no hacer gimnasia. Lógicamente, algo así solo fun-

ciona cuando se tiene en casa a una madre colaboradora, y Gretchen la tenía. La mamá de Gretchen escribía sin titubear dos amables cartas de disculpa por semana y ni siquiera se ponía roja de vergüenza cuando, en las reuniones con los padres, la profesora de gimnasia comentaba con ella las complicaciones y los trastornos del bajo vientre de su hija. Luego, en casa, cuando le contaba al papá de Gretchen la reunión, disculpaba el embuste diciendo: «¡Después de todo, nosotros ya lo hemos sufrido! ¡Las personas llenitas tenemos nuestros complejos de inferioridad y de eso nosotros no tenemos la culpa! ¡Vaya madre sería si no ayudara a mi hija!». Y, luego, suspiraba y se estiraba el largo jersey hasta por debajo de las caderas. Era una manía suya permanente. Se estiraba el jersey por lo menos cien veces al día. Por eso, los jerseys de la mamá de Gretchen eran dos palmos más largos por las costuras laterales que por delante y por detrás.

«¡El escondite de los michelines!», llamaba irónicamente el papá de Gretchen a esa manía del jersey. Él no escondía su enorme barriga; la lucía con orgullo sobre el pantalón, dejando a la vista

retazos de ella entre los botones de la camisa. El papá de Gretchen tenía, en cambio, la manía del bigote. El bigote del papá de Gretchen era grueso y negro como ala de cuervo, y brillante. Y su manía era que no paraba de retorcérselo.

Mientras veía la televisión, mientras leía o hacía crucigramas, mientras hablaba y escuchaba...; siempre y en todo lugar se manoseaba las guías del bigote y las enrollaba, formando con ellas puntitas duras y finas, o pequeños y graciosos seises.

El hermano de Gretchen, Hänschen, tenía doce años y una manía: solo se sentía a gusto con el dedo índice de la mano izquierda dentro del agujero derecho de la nariz. Ni siquiera la más obstinada de las maestras había conseguido quitársela. Aunque la verdad es que Hänschen no se hurgaba realmente la nariz, ya que nunca sacaba nada de ella. No movía en absoluto el dedo dentro. Era más bien como si tratara de taponarse el agujero.

Mädi no tenía ninguna manía en especial. A no ser que se consideren manías ser gruñona, lloriquear y gimotear. Más bien serían rasgos de perso-

nalidad. Probablemente, Mädi era demasiado pequeña para tener verdaderas manías. Solo tenía seis años.

La propia Gretchen tenía varias manías a la vez: le encantaba mordisquearse mechones de su pelo castaño *cocker*; se hacía trencitas con el flequillo, sobre todo durante las aburridas horas de clase; se estiraba los dedos hasta hacerlos crujir y se rasca la barriga, aunque no le picara. Aparte de eso, se pintaba constantemente el antebrazo izquierdo con el bolígrafo, de manera que siempre parecía una escayola resultado de un curso de esquí. Y hacía como si olisquease algo. De eso, ni ella misma se daba cuenta. Cuando escuchaba atentamente a alguien, arrugaba su diminuta nariz respingona y hacía un gesto como si anduviese tras algún olor sospechoso y extremadamente inconveniente.

En el edificio donde Gretchen vivía no se hablaba con demasiada amabilidad de ella y de su familia. No los llamaban: la familia Sackmeier. Ni tampoco: los Sackmeier. Sino: ¡los «Sacos»! Konni, el hijo de los vecinos, era el que había teni-

do la ocurrencia. Konni estaba delgadísimo y encontraba a la gente gorda más divertida que el chiste más gracioso. Todos los domingos, a las nueve en punto, Konni se asomaba a la ventana que daba al aparcamiento, pues sabía que, a esa hora, los «Sacos» emprendían su viaje dominguero a Zwettl, a casa de la abuela. Apenas asomaban por el portal Gretchen, Hänschen, Mädi, mamá y papá, se ponía a gritar: «¡Venga, daos prisa, que os vais a perder a los “Sacos”!». Y hacía señas a sus padres para que se acercaran a la ventana. Estos acudían de inmediato y los tres contemplaban, con asombro y entre risitas, cómo Gretchen, Hänschen y Mädi se metían en el pequeño Mini, cómo papá y mamá se acomodaban con dificultad en la parte delantera y cómo la carrocería del Mini se hundía cada vez más bajo su peso. Conteniendo la risa, se decían, unos a otros, que un Mini es un coche prodigioso, el doble de grande por dentro que por fuera. El padre de Konni exclamaba siempre: «¡Apuesto a que la señora «Saco» no entra hoy por la puertecita del Mini!». Y la madre de Konni exclamaba: «¡Ya ha entrado, ya ha entrado! ¡Le ha aumentado el tra-

sero!». Y los tres se quedaban entristecidos cuando el pequeño Mini azul salía por la puerta del patio. «Podría pasarme la vida mirando a los seis “Sacos”», decía entonces Konni. Decía «seis» porque también contaba la bolsa gigantesca, repleta de provisiones, que la mamá de Gretchen llevaba siempre preparada.

Pero, por suerte, Gretchen, Hänschen, Mädi, mamá y papá no sospechaban nada de tanta maldad cuando, apretados como sardinas en lata, salían disparados hacia Zwettl, a visitar a la abuela.

Aparte de los kilos de más y de las distintas pequeñas manías, tal vez habría que añadir que los «Sacos» Sackmeier eran muy amables y cariñosos entre sí, y que soportaban, incluso, sin quejarse demasiado, los eternos gruñidos y gimoteos de Mädi. Tal vez sea importante decir también que el papá se llamaba Egon y trabajaba en la oficina de una fábrica de pastas alimenticias, y que la mamá se llamaba Elisabeth y no tenía profesión (si se considera que ser «ama de casa» no es una profesión).

Sin olvidar a Hänschen, que coleccionaba plumas de pájaro. ¡Tres álbumes gigantesco había lle-

nado ya con toda clase de plumas (de gallina, de paloma, de faisán, de periquito) que había ido encontrando!

Mãdi iba al colegio desde hacía seis semanas, aunque no se puede decir que le gustara mucho. Y lo que ella tenía era un deseo sin cumplir: hacía años que quería tener un gato negro. Gretchen leía novelas de amor de la alta nobleza, de sesenta páginas, pero muy en secreto, pues le daba vergüenza hacerlo.

Y a mamá le encantaba cocinar. «Mi *hobby* es la cocina», solía decir. A veces hacía tartas de tres tipos distintos de masa y las rellenaba con dos clases distintas de crema, adornándolas luego con mazapán y cerezas escarchadas. Las hacía sin ningún motivo especial. Papá se pegaba un susto cada vez que veía una tarta de aquellas, pues pensaba que se había olvidado de algún cumpleaños. O, tal vez, del aniversario de boda, lo cual hubiera sido muchísimo peor. Pero, entonces, mamá lo tranquilizaba: «Es que me apetecía muchísimo hacer una tarta», le decía. Y luego, todos los Sackmeier se abalanzaban sobre la tarta

Christine Nöstlinger

como si llevaran un montón de días sin probar bocado.

Por lo demás, no creo que haya nada más que saber acerca de Gretchen y su familia antes de que comience la verdadera historia.